

Noche de los bastones largos

EXACTamente revive una parte de la memoria nacional: el ataque a la inteligencia que significó la política explicitada la noche del 29 de julio de 1966 por parte del poder militar.



Este dossier pertenece a la edición 35 de la revista EXACTamente, la revista de divulgación de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires.

Más que una noche violenta

por Eduardo Díaz de Guijarro*

Después de 46 años, parece revivir una parte de la memoria nacional. El aniversario número 20, el 32 o el 38 de la “Noche de los bastones largos” pasaron suficientemente inadvertidos en los medios masivos de comunicación como para no dejar huellas en el público general; pero este aniversario es algo especial, con suplementos, informes especiales y dossier (como éste mismo). En una sociedad que parece comenzar a domesticar el músculo de la memoria, el ataque a la inteligencia que significó la política explicitada aquella noche del 29 de julio de 1966 por parte del poder militar se siente hoy, más que otras veces, como una ausencia detrás de la duda de lo que pudimos ser y no fuimos.



Estudiantes y docentes saliendo de Perú 222 con los brazos en alto la noche del 29 de julio de 1966, luego de haber pasado entre dos filas de policías que los golpeaban con sus bastones.

El 28 de junio de 1966, un golpe militar derrocó al gobierno de Arturo Illia.

El general Juan Carlos Onganía asumió la presidencia, disolvió el Congreso, destituyó a los miembros de la Corte Suprema y prohibió la actividad de los partidos políticos. Un mes después, el 29 de julio, promulgó el decreto ley 16.912, que colocaba a las autoridades

universitarias bajo las órdenes del Ministerio de Educación, eliminando así la autonomía universitaria.

El Rector y el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires no aceptaron convertirse en administradores subordinados al poder político, y varias facultades fueron ocupadas por estudiantes y docentes.

Esa noche, policías con cascos y palos irrumpieron violentamente en Perú 222, la vieja sede de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. Forzaron puertas, rompieron ventanas, inundaron las aulas y el patio con gases lacrimógenos, insultaron y golpearon a los estudiantes y docentes que estaban dentro, incluidos el decano y los miembros del Consejo Directivo, y los llevaron detenidos. Aunque no con tanta intensidad, algo similar ocurrió en la Facultad de Arquitectura.

Por qué tanta violencia

La Noche de los Bastones Largos fue mucho más que un exabrupto policial. Fue la expresión brutal y dolorosa de un conflicto complejo y de gran alcance, que abarcó no solo a la comunidad universitaria sino también a otros sectores sociales durante la década anterior a ese suceso y que, bajo otras formas y matices, continúa manifestándose en el presente.

Cuando las Fuerzas Armadas dieron el golpe de estado que derrocó a Juan Domingo Perón en setiembre de 1955, contaron con el respaldo de la Iglesia Católica, de un amplio abanico de par-

tidos políticos, desde la derecha hasta gran parte de la izquierda, de la mayoría de la clase media y del movimiento estudiantil. En el terreno cultural, esos sectores objetaban la política autoritaria del gobierno anterior.

Al hacerse cargo del rectorado, Risieri Frondizi llamó “a construir una Universidad para el pueblo”.

Sin embargo, la heterogeneidad de los apoyos civiles a la llamada “Revolución Libertadora” produjo un inmediato enfrentamiento: por un lado, la Iglesia Católica propugnaba la enseñanza privada y confesional; por el otro, la mayoría de los estudiantes nucleados en la Federación Universitaria Argentina (FUA) sostenían la tradición sarmientina de enseñanza laica y gratuita y las banderas de la Reforma Universitaria de 1918, a favor de una universidad autónoma, científica, democrática y al servicio de la sociedad. Esos militantes estudiantiles, formados en las luchas del período anterior y con un sólido respaldo de sus bases, ocuparon inmediatamente el rectorado y las facultades de la Universidad de Buenos Aires, para asegurar que ésta siguiera funcionando, e impusieron como rector al historiador socialista José Luis Romero. Se inició entonces en la UBA un período de gran desarrollo científico y académico, con una democracia interna que contrastaba con la existencia de sectores privatistas dentro del propio gobierno y con el hecho de que el peronismo, el partido mayoritario al que seguían apoyando la mayoría de los trabajadores, estaba proscrito.

Una nueva universidad

En 1957, al hacerse cargo del rectorado, el filósofo reformista Risieri Frondizi llamó “a construir una Universidad para el pueblo –para todo el pueblo argentino– sin renunciar a las exigencias más rigurosas en el orden de la cultura y en el cultivo de la ciencia”.

Con ese espíritu, en 1958 se aprobó el nuevo estatuto: la Universidad de Buenos Aires “no se desentiende de los problemas sociales, políticos e ideológicos, sino que los estudia científicamente” (Base IV), y “es un

instrumento de mejoramiento social al servicio de la Nación y de los ideales de la Humanidad” (artículo 69). A partir de esa fecha se introdujo el gobierno tripartito, de profesores, graduados y estudiantes.

Inmediatamente, se llamó a concursos docentes y se aumentaron los cargos con dedicación exclusiva, que pasaron de dos, en 1955, a ciento sesenta en 1962, tendiendo a reemplazar las clases magistrales por grupos de trabajos prácticos y seminarios y a jerarquizar la enseñanza, poniéndola en manos de quienes a la vez trabajaban en la investigación de temas científicos de primera línea.

Se redefinió el carácter de los institutos, eliminando los que eran un sello vacío y reforzando los que realizaban investigación, como el Instituto de Cálculo y el de Investigaciones Médicas.

Se crearon las carreras de Sociología y Psicología, se equiparon las bibliotecas y los laboratorios, se crearon la Escuela de Salud Pública y el Departamento de Extensión Universitaria, cuyo trabajo más importante fue el “Centro de desarrollo integral de la Isla Maciel”. Se otorgaron numerosas becas para estudiantes y para el perfeccionamiento de graduados.

En 1958 se creó Eudeba, quizá la máxima expresión de una universidad volcada hacia la sociedad. Entre 1958 y 1966, la editorial universitaria publicó doce millones de volúmenes de obras de alta calidad en ciencias y literatura, a precios accesibles y distribuidos en quioscos ubicados no sólo en las facultades sino también en las calles de la ciudad. Su lema era “Libros para todos”.

La oposición de fondo provenía de los universitarios de los sectores más conservadores.

Otro gran adelanto fue el inicio de la construcción de la Ciudad Universitaria, cuyo primer pabellón se inauguró en 1962.

Además, la Universidad de Buenos Aires se pronunció sobre algunos significativos temas de política nacional e internacional, demostrando su interés por los problemas sociales.

Los conflictos de fondo

Las tendencias mayoritarias del movimiento estudiantil, reflejadas también en los claustros de docentes y de graduados, eran el Reformismo, continuador de los ideales de 1918, y el



“Libros para todos” fue la consigna originaria de EUDEBA. La combinación de precios bajos, títulos de calidad y una audaz política de distribución permitió que las colecciones llegaran al gran público.

Humanismo, de orientación cristiana. Esas dos tendencias diferían en aspectos filosóficos generales, pero compartían la defensa de una universidad científica, pluralista y abierta a la sociedad.

La política editorial de Eudeba, un ejemplo en toda Latinoamérica, tuvo tenaces opositores.

La oposición de fondo provenía de los universitarios pertenecientes a los sectores más conservadores del espectro político, apoyados por los grandes intereses económicos, que postulaban un modelo educativo autoritario e individualista. Su objetivo principal era la formación de profesionales capacitados para ascender socialmente o para acceder a privilegios económicos o políticos.

Esa profunda diferencia explica por qué ninguno de los avances de esa época se produjo sin conflictos. Algunos ejemplos muestran las manifestaciones de esas dos concepciones:

La política editorial de Eudeba, que fue un ejemplo en toda Latinoamérica, tuvo tenaces opositores. Por un lado, las editoriales comerciales, que

veían peligrar sus negocios frente al concepto del libro como bien cultural y no como mercancía. Por otro lado, ciertos intelectuales elitistas, incluso universitarios, que sentían amenazado su monopolio del saber, peligrosamente puesto a disposición de amplios sectores sociales.

Este conflicto se prolongó en el tiempo: no sólo Eudeba retrocedió enormemente después de 1966 sino que, una década más tarde, la dictadura de Videla hizo quemar miles de libros del Centro Editor de América Latina, la editorial que habían fundado Boris Spivacow y el resto del grupo que dirigió Eudeba desde 1958 y que había renunciado luego de la Noche de los Bastones Largos.

En 1964 y 1965, en el Curso de Ingreso dirigido por el físico Eduardo Flichman en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales se promovía el desarrollo del espíritu crítico del estudiante, combatiendo el memorismo y el dogmatismo y favoreciendo el debate y la creatividad, aun en materias tradicionalmente consideradas "duras".

Mientras tanto, el decano de la Fa-

cultad de Derecho, Marco Aurelio Risolía, se vanagloriaba ante sus estudiantes de conocer de memoria los cuatro mil cincuenta y un artículos del Código Civil. Esa defensa arrogante del método memorístico llevaba implícitos el rechazo a la innovación y a la crítica y la defensa del principio de autoridad. Coherente con esa postura, en 1966 el general Onganía nombró a Risolía presidente de la Corte Suprema de la flamante dictadura.

En abril de 1965 Estados Unidos invadió la República Dominicana y pidió el envío de tropas de otros países. El presidente argentino Arturo Illia fue presionado por los militares para hacerlo. Las autoridades de la Universidad de Buenos Aires lo entrevistaron para manifestarle su rechazo y el movimiento estudiantil, junto con la CGT, realizó un acto en la Plaza Congreso el 12 de mayo.

La extrema derecha repartió volantes y publicó solicitadas acusando de subversivos a los científicos y, durante el acto, grupos de provocadores mataron a un estudiante, así como tres años antes, en la Facultad de Derecho, habían cobrado otra vida en un incidente similar.



La Facultad de Ciencias Exactas y Naturales

Los avances de la Universidad de Buenos Aires entre 1955 y 1966 se manifestaron muy particularmente en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, que contó con un alto porcentaje de docentes con dedicación exclusiva, varios de los cuales se perfeccionaron en el extranjero, regresando luego al país.

Rolando García, decano desde 1957 hasta 1966, se puso a la cabeza de las innovaciones con notable energía. La Facultad fue la primera en instalarse en la Ciudad Universitaria, donde comenzó a funcionar el Instituto de Cálculo, con la primera computadora del país, la famosa Clementina. Sus servicios no solo se aplicaron a las investigaciones académicas sino que también fueron ofrecidos a las empresas estatales para ayudar a resolver problemas prioritarios de la economía nacional.

El Consejo Superior de la UBA fue una de las pocas instituciones que repudió el golpe de Onganía.

También se aplicaron a la enseñanza algunos adelantos tecnológicos, como el circuito cerrado de televisión utilizado en el curso de ingreso.

El estudiantado de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales tenía un alto nivel de dedicación al estudio, a la vez que participaba masivamente en las actividades culturales, gremiales y políticas. Sobre un total de mil quinientos estudiantes, eran frecuentes las asambleas de varios centenares en el Aula Magna de Perú 222. En las manifestaciones callejeras reclamando un mayor presupuesto o en defensa de la autonomía, no era raro que participaran 600 estudiantes de Exactas. Eso explica por qué la represión fue mayor en esta facultad.

Una lucha que continuó

El último de los rectores de la época, Hilario Fernández Long, pertenecía al Humanismo, pero su defensa incondi-

cional de la autonomía universitaria demostró una vez más la coincidencia de fondo con los Reformistas. El Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires fue una de las pocas instituciones que repudió el golpe de Onganía, y Fernández Long fue el primero en rechazar la subordinación de la universidad al poder político la tarde que precedió a los bastonazos.

Esa noche, la policía fue el brazo ejecutor de quienes no querían una universidad científica y comprometida con la sociedad.

En agosto de 1966, renunció el 77,4 por ciento de los docentes de Ciencias Exactas, y muchos otros de Filosofía y Letras, Arquitectura y otras facultades. En total, 1378.

En cierto modo fue el final de una época, porque las nuevas autoridades impusieron un régimen autoritario y anularon la mayor parte de las innovaciones de la etapa anterior, pero quedarse con esa interpretación sería parcial e impediría comprender la amplitud y la actualidad del conflicto.

Han pasado cuarenta años. En ese lapso hubo un período sangriento y una lenta recuperación democrática. A lo largo del tiempo, aunque bajo otras formas, las dos concepciones

de universidad mantuvieron su enfrentamiento.

En un mundo globalizado por la dominación capitalista y en un país impregnado de corrupción e individualismo, existen hoy quienes siguen concibiendo la universidad como un trampolín para el ascenso económico o el prestigio personal, o para que empresas privadas utilicen la infraestructura y el personal universitario para sus negocios, sin interesarse por la solución de las injusticias sociales.

Sin embargo, también está viva la concepción que predominó entre 1955 y 1966: la que se sustenta en los principios éticos, pone el énfasis en la investigación científica, trata de formar estudiantes creativos y críticos y se compromete institucionalmente con las necesidades de la sociedad.

La mejor forma de recordar la triste Noche de los Bastones Largos es comprender que los principios que sustentaron los logros de la década de 1955 a 1966 siguen vigentes y que nuestra Universidad de Buenos Aires todavía tiene con la sociedad que la mantiene la deuda pendiente de hacerlos realidad.

* Coordinador del programa de Historia de la FCEN.



El matemático Juan Carlos Merlo y su esposa son retratados cuando tomaban el avión que los llevaría al exterior luego de la renuncia masiva que se produjo con posterioridad a la Noche de los Bastones Largos.

Volver a empezar

Una de las áreas más golpeadas por la política de los bastones fue la química inorgánica. Pero sus departamentos docentes y de investigación, diezmados por el exilio de sus científicos, tuvieron revancha con la vuelta de la democracia. El destacado químico Roberto Fernández Prini deja testimonio en esta nota de los cimientos de la década del 60 que hicieron posible rearmar la química en la UBA.

por Roberto Fernández Prini



Estudiantes y docentes saliendo de Perú 222 con los brazos en alto la noche del 29 de julio de 1966, luego de haber pasado entre dos filas de policías que los golpeaban con sus bastones.

Era la tarde del 28 de junio de 1966, el día del golpe de estado. El invierno había agregado su dosis de oscuridad y frío, la inminencia del golpe pesaba en el ánimo de quienes pasábamos diariamente largas horas en la Facultad. Muchos estábamos reunidos en el aula 4, donde se recogían firmas en apoyo de la siguiente declaración: “Los abajo firmantes, profesores, docentes auxiliares y contratados de la FCEyN, declaramos nuestra irrevocable decisión de no reconocer otras autoridades de la Facultad y de la UBA que las que legítimamente emanan del cumplimiento del Estatuto Universitario, así como de las leyes de la Constitución Nacional. En consecuencia, tomamos el compromiso de retirar toda colaboración a las personas que ilegítimamente se arroguen tal autoridad en la Universidad haciendo abandono definitivo de nuestras tareas docente y de investigación en la Facultad”.

En esa aula nos encontrábamos muchos de los docentes del Departamento de Química Inorgánica, Analítica y Química Física (DQIAQF). La participación numerosa se debía a que el departamento había nacido diez años antes con una enorme fuerza que nos envolvía a casi todos los que participábamos de su vida —ayudantes de primera (en ese entonces no había

becarios), jefes de trabajos prácticos y profesores, y también varios ayudantes de segunda que esperaban incorporarse a las filas de jóvenes “pro-investigadores”. El DQIAQF era nuevo y tenía la “estropada” necesaria –como hubiera dicho Rodolfo Busch, su director y organizador– para arrastrar vocaciones y voluntades entre los jóvenes que estábamos interesados en la ciencia y que compartíamos la decisión de hacer del departamento un centro científico de primer nivel. Ser protagonistas de esa aventura era muy motivante.

Un mes y un día después, la violencia arrasó lo construido en el DQIAQF y también bajó el telón a una etapa notable en la UBA y, en especial, en la FCEyN.

Después de la llamada «Noche de los Bastones Largos», no quedó ningún grupo de investigación en el DQIAQF.

Tuve el privilegio de ingresar a la Facultad en 1956 y viví casi toda la evolución del DQIAQF, que terminó bruscamente, como el ignorante termina una discusión cuando la razón no lo favorece. Cuando ingresé a la Facultad, en el departamento no existía equipamiento para investigación y, por lo tanto, tampoco existían grupos de investigación. Había muchos estudiantes y docentes convencidos de la importancia de instalar la investigación como una tarea natural y necesaria de la docencia universi-

taria que forma profesionales pero que también prepara los técnicos y científicos con los que se posibilitará el desarrollo del país.

El departamento creció sobre la base de un programa pensado para llevarlo a un nivel académicamente destacado, por ello se enviaron jóvenes graduados a estudiar temas que no tenían cultores en la Facultad y que en ese momento eran de actualidad: mecánica estadística, efecto Mössbauer, RMN y RPE, cristalografía, electroquímica ya enfocada como una parte de la ciencia de superficie, cinética química. Varios más que habíamos hecho el doctorado en la Facultad, a poco de completarlo, partimos para realizar una estadía postdoctoral en centros científicos del exterior. A principio de 1966, habían regresado los que formaron la primera camada y ya habían partido otros jóvenes a otros laboratorios para replicar la experiencia de actualización temática. Varios de ellos se habían doctorado con los primeros que regresaron al departamento.

Los casos de Electroquímica y Cinética Química son destacables. Fue una decisión de política académica contar con grupos de investigación en estas disciplinas, a las que se veía como posible base científica para un desarrollo de la industria química nacional. ¿Era tan ingenua esa idea? No lo creo, más vale debe rescatarse la importancia de un pensamiento institucional comprometido con el país.

Después de la llamada “Noche de los Bastones Largos”, no quedó ningún grupo de investigación en el DQIAQF. Renunciamos unos diecisiete jefes de grupos, muchos fuimos al exterior (sobre todo a Chile, Venezuela y México) y otros pasaron a distintos organismos científico-técnicos o a la industria privada.

Hubo un retorno parcial de investigadores a comienzos de la década del 70, prontamente interrumpido por la intervención a la UBA en 1974. Sin embargo, no todo se perdió y algo fue rescatado de lo que se construyó hasta 1966. Eso constituyó uno de los pocos ladrillos disponibles cuando en 1984 se tomó la decisión de refundar el DQIAQF para que allí se realizara docencia universitaria e investigación científica, tal como nos reclama el Estatuto Universitario de la UBA.

También se pudo contar en ese momento con la importante colaboración de investigadores independientes que trabajaban en otras instituciones, especialmente de la Comisión Nacional de Energía Atómica y de la Universidad Nacional de La Plata. Entre todos le dimos el puntapié inicial a la refundación del DQIAQF y con orgullo puedo decir que ahora el Departamento, junto al INQUIMAE (Unidad Ejecutora de Conicet-FCEyN) son unidades académicas importantes en el ámbito de la química argentina moderna.

Rodolfo Busch, director del Departamento de Química Inorgánica entre 1957 y 1966, le imprimió al Departamento una dinámica especial que pronto rindió frutos. Impulsó el desarrollo de diferentes áreas de la química mediante una circulación permante de científicos de primer nivel y un importante flujo de becarios que realizaban estudios en el exterior. Luego de la intervención de la UBA, Busch rechazó invitaciones de laboratorios europeos y se dedicó al desarrollo de la química en Latinoamérica.



Barricada

Los palazos y sus profundas consecuencias no fueron exclusividad de investigadores o estudiantes de ciencias. Los hoy científicos Raúl Carnota y Alejandro Mentaberry (uno, matemático; el otro, biólogo), eran alumnos secundarios en el 66, y participaron activamente en la resistencia a la Guardia de Infantería en la sede de la calle Perú. Aquí su testimonio.

por Raúl Carnota y Alejandro Mentaberry

En 1966 cursábamos el último año del Colegio Nacional de Buenos Aires. El Centro de Estudiantes del Colegio (CENBA), que había funcionado con el reconocimiento de las autoridades por un breve período durante el rectorado reformista de Risieri Frondizi, había sido ilegalizado en 1963 al asumir como rector de la UBA el doctor Olivera. El CENBA había sido en realidad una excepción, pues todas las organizaciones estudiantiles secundarias habían sido prohibidas por un decreto promulgado durante la presidencia de Arturo Frondizi. Esta situación nos llevó a realizar parte de las actividades del CENBA en el viejo edificio de Exactas de la calle Perú, en el que el movimiento estudiantil universitario nos había brindado un generoso refugio y apoyaba nuestras pretensiones de legalidad. Todo esto hizo que estableciéramos fuertes vínculos con los estudiantes de Exactas (a quienes considerábamos como nuestros primos mayores) y nos introdujo en las luchas políticas de la UBA. Esta situación se acentuó después del golpe militar de Juan Carlos Onganía, que truncó la presidencia de Arturo Illia.

El 29 de junio nos encontró alertas y movilizados. Para ese día, habíamos convocado a una Asamblea General del CENBA (se hacían varias por año, y por ese mecanismo se renovaban las autoridades) en un aula del edificio de la calle Perú. Durante la misma, nos llegaban las noticias sobre la intervención decretada a las universidades nacionales y sobre las reacciones que las autoridades y la comunidad uni-

versitaria estaban adoptando. Cuando los estudiantes y docentes de Exactas decidieron quedarse en el edificio para defender la autonomía y la democracia, decidimos sumarnos. Sin embargo, esta decisión sólo involucraba a los que estábamos en sexto año. Los chicos de primero a quinto evacuaron el edificio y fueron asignados a tareas logísticas tales como almacenar comida, conseguir colchones y recolectar otros elementos con los que pretendíamos sostener una toma prolongada.

Por la noche, cuando parte del Consejo de la Facultad de Ciencias Exactas estaba reunido en el primer piso, llegó la Guardia de Infantería. Aunque algunos proponían adoptar una resistencia activa, la mayoría decidió que ésta sería más bien simbólica, pues realmente no teníamos medios para resistir por la fuerza. Habíamos apilado muebles y escritorios contra la vieja puerta de entrada, pero pronto se hizo evidente que la policía sólo tardaría en entrar el tiempo que le tomara derribar esa barricada. Junto con otros estudiantes, los del CENBA nos reunimos en una de las aulas que daban al patio central y estábamos allí a la espera cuando vimos aparecer a los primeros policías. Lo que pasó después fue, a la vez, confuso e imborrable. La Guardia de Infantería se alineó en el otro extremo del patio y arrojó una descarga de bombas lacrimógenas contra las aulas. En la que ocupábamos nosotros, las bombas entraron por la ventana, así que nos tiramos al piso y nos quedamos entre el gas y los vidrios rotos hasta que vinieron a sacarnos. Lo demás es archi-

conocido: la doble hilera de guardias en el patio, el pasaje de a uno entre los bastonazos y la salida a la calle Perú ante los flashes de los fotógrafos (en donde la policía volvía a tratarnos “civilizadamente”). Recordamos, después, una animada noche en las celdas de “la 22” compartiendo vivencias y viandas con nuestros “mayores”, estudiantes y docentes de Exactas.

La Noche de los Bastones Largos fue para nuestra generación el punto de arranque de muchas vocaciones militantes. Las luchas contra la dictadura de Onganía promovieron la definición política de un torrente enorme de muchachos y muchachas que estaban decididos a terminar con los golpes antidemocráticos y con las injusticias sociales y que no temían afrontar el costo que ello hiciera necesario. Lo que siguió fue una época de extraordinario optimismo y de militancias fervorosas en que todos los sueños y todas las utopías parecían posibles. Onganía caería dos años más tarde entre las humaredas del Cordobazo. La historia posterior marcaría a fuego la vida del país y, por supuesto, nuestras propias vidas.

